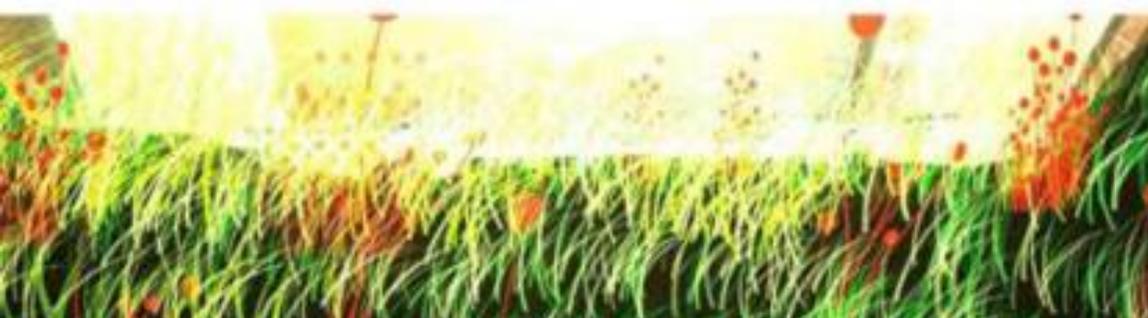




RELATOS DEL BAÚL
DE LOS SUEÑOS.

Esther Vázquez



Relatos del baúl de los sueños.

Esther Vázquez

Copyright © 2013 Esther Vázquez

All rights reserved.

ISBN: 1490451374

ISBN-13: 978-1490451374

*La imaginación nos da las alas, luego solo queda atreverse
a volar, y disfrutar con el paseo.*

Relato 1.

La isla de mis sueños.

Al despertar pude advertir el fresco aire de la mañana. Era un día primaveral, el sol resplandecía llenando de luz cada resquicio de aquella isla. Una isla solitaria, en la que solo había dos personas, ese hombre alto, de cabellos oscuros y una eterna sonrisa en su rostro, y yo.

El hombre estaba dibujando. Me levanté y caminé hacia él, me resultaba conocido. Al acercarme me saludó e invitó a acompañarle. Mientras las olas del mar acariciaban nuestros pies, me dijo lo mucho que me había echado de menos, y me recordó que siempre que quisiera, podría volver a visitarle, pero que ahora debía irse. Al mirarle con detenimiento pude reconocer sus rasgos, misma mirada, mismo color de ojos, cabellos ondulados y orejas pequeñas, mi padre, quien había fallecido hacía años, me sonreía con dulzura. Le acompañé hacía una escalera, la más alta de cuantas había visto, rozaba el cielo. Antes de irse le pregunté acerca del sitio en dónde nos encontrábamos, resultó ser un sueño, el lugar en donde siempre podría encontrarle.

Relato 2.

Comenzar esta historia no es fácil, pero nada que merezca la pena lo es, así que intentaré empezar por el principio.

Supongo que nos podemos situar hace tres años, cuando me mudé a Nusma, un barrio bastante pequeño, con chalets alineados en torno a calles anchas. Cuando llegué aquí me pareció un barrio de lo más raro, y la cosa no cambió.

Nada más llegar vi una serie de carteles absurdos, en uno de ellos indicaba claramente la dirección de una "fabulosa tienda de ojos humanos", si, has leído bien, ojos humanos. También me llamó la atención un pequeño cartel frente al parque principal, estaba escrito "pise la hierba, le dará más sabor a nuestros platos". Sin embargo, el que más curiosidad me produjo fue el cartel de bienvenida al barrio, decía así: "Sea usted bienvenido a Nusma, no esperamos que sea capaz de habitar aquí más de tres años. Hagamos una apuesta, si consigue sobrevivir durante tres

años y un día, desvelaremos el secreto de la mansión Nusmidia.”

Por aquel entonces ni siquiera sabía cuál era esa mansión, ni siquiera entendía a qué se refería el cartel, ¿sobrevivir a qué?

A pesar de los muchos carteles de ese tipo que encontré mientras buscaba mi casa, a pesar de ver tiendas de lo más extrañas, como la ya mencionada tienda de ojos humanos, la tienda de verduras sin verduras, o la tienda de las chucherías asesinas...continúe mi camino buscando mi casa en ese peculiar lugar.

Llegué a una calle bastante más estrecha que el resto, tenía farolas cada tres metros, farolas con forma de serpiente. Los árboles por supuesto también eran...diferentes, o al menos yo jamás había visto árboles cuya copa pareciera una mariposa. Dicha calle, resultó ser en la que se encontraba mi casa. Era la última casa de la calle, tras ella sólo había un largo camino en el que lo único que se apreciaba era la tierra del suelo, ni siquiera estaba iluminado.

Miré con curiosidad la calle en la que a partir de entonces viviría, los hogares de mis vecinos eran, cada cual más especial. La casa de enfrente estaba pintada de verde, descubrí aquella noche que era verde fosforito, La de al lado era bastante más grande de lo normal, era la única casa diferente en todo el barrio, según leí en el buzón, era la mansión Nusmidia. Parecía que sería mucho más fácil para mí descubrir el secreto de dicha mansión que para cualquier otro nuevo habitante. Supuse además, que no sería muy difícil averiguar de qué se trataba, pues allí había más

vecinos, y si el cartel decía que había que sobrevivir tres años y un día, significaba que aquellos vecinos lo habían conseguido.

Empezó a entrarme curiosidad, después de todo, si todos aquellos vecinos habían aguantado allí más de tres años, y aún seguían viviendo allí...muy mal no estaría el barrio, ni muy difícil sería el secreto.

Mientras me giraba sobre mis propios pies, decidí que me quedaría allí para averiguar todo, siempre me habían gustado los retos.

Dormí bastante más tranquilo de lo que me esperaba, y me desperté con un precioso día soleado, no muy caluroso y con una suave brisa entrando por la ventana. Me levanté con ánimo y decisión, y antes de que siquiera llegara a la puerta de mi dormitorio, sonó la puerta de entrada.

Bajé con bastante calma, no insistieron mucho en seguir golpeando la puerta. Al abrir, me quedé petrificado. Ante mí se hallaba un grupo bastante pintoresco, parecía una familia, el padre, muy bajito, redondo, con ojos saltones, ni un pelo en la brillante cabeza, y con un vestido a cuadros como atuendo; la madre, rubia, los ojos minúsculos, extremadamente delgada y bastante más alta que su marido, llevaba un vestido a juego con su esposo; y por último, sus dos hijos, gemelos, de no más de cinco años, eran dos pequeños críos con el pelo azul turquesa, un ojo

más grande que el otro, y con dos espléndidos trajes de rosquillas que les cubría todo el cuerpo. A falta de palabras, me dediqué a escuchar y observar. El padre me dio dos besos mientras la mujer me daba un apretón de manos, los hijos me dejaron una cesta en los pies dándome la bienvenida, y antes de despedirse, los cuatro me deleitaron con una tétrica canción de bienvenida...aún intento olvidarla.

Una vez se hubieron ido, recogí la cesta y la puse sobre la mesa, sinceramente, no estaba seguro de lo que podría encontrarme en ella. La sorpresa no fue ni mucho menos grata, más bien repugnante. Dentro de dicha cesta encontré varios botes, en uno de ellos había al menos seis ojos, parecían humanos ¿los habrían adquirido en aquella tienda que indicaba el cartel? Seguro que sí. Al lado, en otro bote más ancho y menudo que el de los ojos, había un intestino enrollado, y justo debajo, un bote redondo lleno de orejas. Decidí, tras ver tan sólo tres botes, que no era necesario mirar los demás, pero me fijé en un papelito amarillo que estaba sobre el último bote, en el pude leer: "Sea usted bienvenido a nuestro barrio, a nuestra calle, a nuestra casa si le place. Sea usted advertido, si entra en nuestra casa, no toque el sofá, no pertenece a nuestra familia."

Deje caer el papel al suelo y tiré la cesta entera a la basura... ¿quién en su sano juicio tendría órganos humanos en botes? ¿Y quién en su sano juicio los regalaría en una cesta de bienvenida? Estaba claro que mis vecinos eran más que raros. Me cambié rápido y salí a la calle, tenía que observar el barrio, los vecinos, y si todo iba a ser así de ex-

traño. Resultó que sí, cada persona que conocía era más extraña que la anterior, cada calle tenía algo más curioso que las demás, todo en ese barrio era diferente. Entré en un restaurante que me parecía normal, por supuesto, no lo era. Los asientos estaban fabricados con gelatina, a consecuencia, los clientes acababan sentados en el suelo e incrustados en una gigantesca masa gelatinosa. Las mesas eran bandejas con patas, dichas patas eran ajustables, un buen detalle teniendo en cuenta que el cliente empezaba a comer a un metro de altura, y terminaba comiendo a unos escasos treinta centímetros del suelo. El camarero era un joven peculiar, vestido como un pirata, incluso llevaba una espada en su cinturón, al principio pensé que sería un restaurante temático, pero descarté esa opción cuando vi a la cocinera, cuya vestimenta consistía en un pantalón bombacho de colores, una camisa blanca con chorreras y unos botines rojos a juego con su melena.

Al pedir la carta mi asombro aumentó. El menú del día consistía en sopa de uñas de primero, pies de pato de segundo, y de postre, un succulento y sabroso ombligo de abuelo. Succulento y sabroso porque estaba descrito en la carta, obviamente no me atrevía a probarlo. Miré las opciones de desayuno, tenía poca variedad. Tortitas con sirope de sangre, magdalenas con relleno de cera del oído, palmeritas de cucaracha o papilla de césped, supuse que el cartel de "pisar la hierba" que había visto a la entrada, decía la verdad, cuanto más pisada, más "ricos" estarían los platos.

Desanimado y asqueado, salí del restaurante sin probar bocado y continúe mi exploración por el barrio. Nada

mejoró. Al día siguiente comencé a trabajar, quizá eso fuera normal, pensé, pero una vez más, me equivoqué. Mi jefe era un canguro, sí, un canguro, pero no un animal no, un señor de unos ochenta años disfrazado de canguro. ¿Y en qué consistía mi fabuloso empleo? Pues ni más ni menos que en aniquilar zombis, sí, zombis. Al menos no eran zombis reales, el nieto de mi jefe no conseguía avanzar en un juego, así que mi jefe me contrató para jugar, reconozco que no me importó mucho, era un trabajo entretenido y divertido. Lo malo era la hora de la comida con un canguro a mi lado, y sus conversaciones, la mayoría sobre cómo era la vida de un canguro. Pero miré el lado bueno, hacía ejercicio, porque siempre que estaba con mi jefe, debíamos ir saltando, cual canguro.

Pasó el tiempo y todo seguía igual de raro, y si algo cambiaba, era para ser aún más raro. Mis vecinos me traían botes y botes de órganos humanos; el nieto de mi jefe me tiraba pelotitas de papel mientras “trabajaba”; dos tenderos cada tarde, a las seis y trece, se enzarzaban en una ruidosa batalla en la que decidían que tienda olía peor y para rematar, el alcalde del barrio era un asesino que cada mañana, colgaba carteles con un vecino, que resultaba ser su víctima de la noche anterior, y a nadie parecía extrañarle. Por suerte para mí, durante tres años no apareció ni un solo cartel con mi cara.

Ayer gané la apuesta, sobreviví tres años y un día en este extraño barrio. Me acostumbre a mis curiosos vecinos, aprendí a esquivar las piedras que se tiraban los niños como parte de sus supuestos entretenidos juegos, descubrí que la hierba pisada está más sabrosa que la hierba sin pi-

sar, que los pies de pato eran asombrosamente más carnosos de lo que esperaba, y que la sopa en invierno, sigue siendo sopa. La familia que me dio la bienvenida con una curiosa cesta de regalos, me invitaba todos los domingos a comer allí, incluido ayer, aunque cuando llegué a la casa ellos no estaban. En su lugar había un papel amarillo, en el que me indicaban que me pusiera cómodo y que no tardando mucho llegarían mis anfitriones.

Estuve un rato de pie en el pasillo, pero era agotador estar de pie después de estar todo un sábado saltando con tu jefe porque había decidido hacer un día de picnic. Así que entré en el salón, necesitaba sentarme y relajarme un tiempo. Nunca había entrado en esa sala, a pesar de que llevaba tres años yendo cada domingo a aquella casa. Era un salón normal, nada que ver con el resto de la casa. Una pequeña habitación, con suelo de madera, paredes blancas, un pequeño mueble con una televisión y unos cuantos libros en distintas estanterías, una pequeña alfombra sobre la que se encontraba una mesita, y justo detrás de la mesa, un enorme sofá gris. Tenía pinta de ser blando, cómodo y sobretodo, capaz de hacer que mi cansancio desapareciera en cuestión de segundos. Así que decidí sentarme, no tenía nada más que hacer mientras mis vecinos volvían a casa.

A la media hora regresaron, comimos tranquilamente en el patio, y tras pasar una tarde hablando de unas posibles futuras vacaciones, regresé a mi hogar con la calma que me caracterizaba.

Así que hoy, lunes, y después de un fabuloso domingo con personas extrañas, deberían decirme el secreto de la mansión Nusmidia, pues ya han pasado tres años y dos

días desde que acepté el reto. Siendo lunes, me espera el trabajo, aunque no creo que me concentre mucho teniendo en cuenta que pronto se me revelará el secreto.

Ya encaminado hacia el trabajo, he visto un cartel, el cartel de la víctima de anoche de nuestro querido alcalde. Pero...no puede ser...la víctima soy yo. ¿Cómo es posible si estoy caminado, si mis vecinos me saludan? Debería volver a casa. Mi buzón tiene una carta, será mejor que la lea, quizá me aclare esta extraña situación. Dice así:

“Querido vecino, me hubiese gustado revelarle el secreto de la mansión Nusmidia, desgraciadamente, no superó la apuesta. Usted murió ayer, a manos de nuestro encantador alcalde. Lo más curioso es que fue avisado de su muerte y usted hizo caso omiso a dicha advertencia. Sus vecinos le previnieron sobre aquel sofá, le dijeron que no tocara el sofá, y usted se sentó en él. Como ya fue advertido, dicho sofá no pertenecía a sus vecinos, estaba allí a la espera de un descuidado vecino que no se resistiera a su acolchado material, y fue usted. Se sentó, se durmió, y gracias a nuestro alcalde no despertó. Pero no todo son malas noticias, sea usted bienvenido de nuevo a Nusma, como fantasma, usted dispondrá de descuentos en las principales tiendas y restaurantes de nuestro barrio. Además, tendrá entrada preferente en los museos y siempre que lo desee, puede adquirir libros gratuitamente de nuestras librerías. Todas las ventajas a un salto fantasmal, disfrute de su eternidad.”

Relato 3.

El Dragón Vikingo.

La mar bramaba intensamente, era todo lo contrario a un viaje tranquilo. Las olas mecían el barco con fuerza, mientras dejaban caer sobre la cubierta empapando todo cuanto se encontraban a su paso.

Las velas del Dragón Vikingo estaban rasgadas, el mástil amenazaba con romperse y los cabos no parecían poder resistir mucho más. Sword estaba en el nido del cuervo intentando avistar tierra.

Nada parecía poder salvarlos de aquel maldito viaje, ni siquiera aquel pequeño rayo de sol que iluminó a la tripulación. Sujetando los cabos e intentando no resbalar por la cubierta mojada, cada uno de los hombres esperaba atento el grito que los acercaría a suelo firme, pero dicho grito se hizo esperar.

-¡Ojo al parche Sword! ¡No quiero encallar por esta maldita tormental!

-¡Tranquilo capitán!